

LAS HERENCIAS DE JOSÉ.

A mi amigo Payen.

I.

ESPECIE DE PROLOGO AEREO. «¿TE ACUERDAS?»

Hacia fines de julio cumpliéronse seis años que estuvimos almorzando en casa de nuestro amigo José, que es un muchacho honrado y digno como el que mas.

Habia éste comenzado la carrera de su vida sin ninguna especie de patrimonio, siendo durante casi quince años un mero dependiente en uno de los principales establecimientos de modas de la capital, cuando una noche su principal le dijo:

—Ya es tiempo de que yo me retire de los negocios; ¿quieres tú, José, ser mi sucesor?

—Pero, señor, yo no tengo un cuarto... y el establecimiento vale cuando menos cien mil escudos.

—Son cuatrocientos mil francos, y cuando se trata de semejante suma, es difícil hallar quien se haga cargo de un establecimiento. Los que se presentan ó son unos embusteros que me engañarían, ó unos torpes que se arruinarían á sí mismos. Nada de esto quiero, sino que la casa que he fundado continúe próspera y mantenga con orgullo su distinguido crédito. No tengo hijos, y además, creo es deber mío que, habiendo formado aquí mi fortuna, ceda el puesto á cualquier honrado y laborioso dependiente, que haga lo mismo que yo y que también quede rico y feliz... por medio del trabajo. Hace, José, mucho tiempo que me ocupa esta idea. Desde hace años me he dicho: mi sucesor será mi principal dependiente... cuando hubiere yo hallado uno que me parezca que merece semejante favor, y si este es un infeliz, mucho mejor... pues Dios me lo agradecerá mas.

—Todo está muy bien, contestó José al cabo. Todo esto es muy bueno... Pero, ¿dónde, señor, he de encontrar yo cuatrocientos mil francos?

—Desde mañana, día del aniversario de la fundación del establecimiento, tendrás tú veinte y cinco por ciento en las utilidades; treinta por ciento el año siguiente, treinta y cinco el otro, despues cuarenta, cuarenta y cinco, y últimamente el cincuenta por ciento. Así, pues, ha de haber entre nosotros una asociación que ha de durar por espacio de cinco años. Durante estos, contados día por día y hora por hora, me habrás pagado todo, te quedarás en tu casa, y estrechándote la mano, me iré á vivir como un gran señor á cualquier parte, porque me lo permitirán mis recursos. Mas como me parece justo que estos cinco años sean el último plazo de la prueba que contigo yo haga, y que tengas absoluta confianza en la palabra que te doy,—bajo terminante condición de que continúes observando buena conducta,—no mediará entre nosotros escrito alguno, ni yo volveré á hablarte una palabra acerca de esto, sino al cabo de los cinco años. En este supuesto, ya son las diez, haz que cierren el establecimiento... y buenas noches.

Nuestro amigo José permaneció allí inmóvil por algun tiempo. Su principal acababa de subirse á su cuarto, como si nada extraordinario hubiera acaecido aquella noche. Con-

SEGUNDA SERIE.—1863.

dújose del mismo modo al día siguiente y en los demás sucesivos, hasta tal punto que José llegó á decirse: ¡Si habré yo soñado!

Al finalizar el año, ó mas bien al concluir el inventario,—según el cual resultaron cerca de doscientos mil francos de utilidades,—se les aumentó el sueldo á todos los dependientes de la casa, ó al menos recibieron alguna gratificación... excepto José.

El principal no dijo una sola palabra á fin de justificar aquella aparente injusticia.

Solo al llegar la época del viaje que cada dos años hacia á las ciudades manufactureras, dijo á su principal dependiente:

—José, te voy á llevar conmigo á visitar las fábricas, para que aprendas á comprar tan bien como sabes vender.

Pero durante todo el viaje,—que por lo demás fué cordialísimo,—no profirió una sola palabra que pudiera interpretarse como recuerdo, como memoria de la asociación entre ambos convenida.

—¿Existe semejante asociación?... ¿ó no existe? solía preguntarse José.

Aun había mas. Su principal era un bienhechor regañón, que al presente exigía de él doble trabajo, lo observaba continuamente, hostigándolo y estrechándolo sin cesar, muchas veces con acrimonia y hasta con mal modo casi irritantes.

Pasóse así el segundo año é igualmente el tercero.

Una casa rival hizo entonces á José magníficas proposiciones. Ofrecíanle, á lo que parece, el triple de su sueldo... el cual, por lo visto, debía ser siempre en su establecimiento invariablemente el mismo.

Negóse á aceptar José, aun sin decir nada á su principal.

Súpelo éste,—no sé como,—y dijo á su primer dependiente:

—«Has hecho muy bien, José.» Pero no medió mas palabra.

El balance del cuarto año dió inesperados resultados, una extraordinaria cantidad.

—¿Estás contento, José? le preguntó el principal.

—Muy contento, respondió, haciendo un esfuerzo para no descubrir lo que ahogaba su corazón. Pero en voz baja añadió:

—Si me falta á la palabra..... me levantaré la tapa de los sesos.

Durante el último año, el principal ya sea que se hubiese arrepentido de su generosa promesa y quisiese abusar del que la habia recibido, ya meramente á fin de probar á éste mejor para que fuese mas capaz en lo sucesivo, se hizo un verdadero déspota mercantil, un tirano en un establecimiento de comercio.

Sufriólo todo José sin proferir una queja, manteniéndose con tesón.

Llegó, al fin, el último plazo y hacia ya mas de un mes que José no lograba sueño tranquilo.

Habia estado contando los días y las horas, pero entonces contaba los minutos.

Dieron al cabo las diez en el reloj grande que estaba en el ángulo del almacén.

José y el principal se hallaban ambos junto á la caja, y en grupos esparcidos alrededor de ellos estaban los treinta ó cuarenta dependientes de la casa, inmóviles y silenciosos

AÑO XXI. 17

como si instintivamente se hallaran aguardando algun gran acontecimiento.

—Francisco, dijo el principal al criado, traeme el sombrero y la capa... y busca un carruaje.

En seguida, sacando de la cartera dos documentos de papel sellado dijo:

—José estas son las dos escrituras que he mandado estender al escribano: firmémoslas.

Y firmó el primero, puesto de pié en una esquina del mostrador.

El pobre José creía que estaba sonando.

—Ahora tú, le dijo á poco el principal, entregándole la pluma. Ya ven vds., añadió, dirigiéndose á los demás dependientes, que yo acabo en este momento de abdicar... aquí no soy nada... José es en lo sucesivo el único amo, el único jefe, el único dueño de la casa.

Loco de alegría estaba José, y hubiera querido proclamar en voz alta el generoso comportamiento de su bienhechor.

Mas éste se contentó con estrecharle la mano, diciéndole: «Me alegraré que prosperes» y se marchó.

Al cabo de una hora, así que José se hubo repuesto de aquella violenta sensación, salió al punto á buscar al honrado hombre á quien debía su presente dicha y su venidera suerte, y supo que M^{te} se había ido inmediatamente á la estación del camino de hierro y que acababa de marchar para Italia.

De esta manera nuestro digno amigo José se encontró hecho de pronto uno de los comerciantes principales de París, y de esta manera fué como mas tarde pudo comprar la deliciosa quinta, donde con suma satisfaccion nos hemos estado desayunando esta mañana.

Acabábamos de tomar café bajo los árboles del parque y nos hallábamos encendiendo los cigarros, cuando trajeron á nuestro anfitrión una tarjeta.

En ésta se hallaban las siguientes palabras:

«Isidoro Benard, escribano de Fontainebleau.»

—A fé mia, dijo José, que nõ me separo de mis amigos... para quienes no tengo secreto alguno... Haga vd. que entre Mr. Isidoro Benard.

Era este un verdadero escribano, pero escribano de Seine-et-Marne, vestido de negro, con corbata blanca, zapatos ajustados, debajo del brazo una cartera con broches de acero, y fisonomía ceremoniosa y cortés.

—Caballero, le dijo á José, ¿no era parienta de vd. la señora de Gausseman, llamada anteriormente de Guerin, que en vida de su segundo marido se había retirado al pueblo de Cremilly cerca de Marlotte.

—Efectivamente; el primer marido de esta señora, que lo fué Bernabé Guerin, era hermano de mi padre.

—Sepa vd., señor de Guerin, que su tia hace como un mes que ha muerto en su casa de Cremilly.

—¡Pobre tia!

—¿La conocia vd.?

—Muy poco. Desde hace como treinta años, desde que murió mi tio, —que entonces era yo muy jóven, —no me acuerdo haberla vuelto á ver.

—Lo mismo acaece con los demás parientes que, segun los datos, han de ser muchísimos. Hemos escrito á cuantos sobre el particular puedan suministrarnos noticias, pero es paso muy difícil, porque la difunta, que ha muerto de repente, vivia casi en completa clausura, no dejando entre sus

apuntes sino vaguísimas indicaciones acerca de la familia de su primer marido. De éste, sin embargo, proviene todo el caudal que, al parecer, es muy considerable, y con doble motivo habiendo sido la finada por extremo económica. Inútilmente lo he buscado á vd., caballero, mas hallándome esta mañana en París, ví el nombre de vd. por mero efecto de la casualidad. Entré en el almacén y pregunté á los dependientes de vd., y habiendo por el informe de ellos sabido que esta casa de campo se halla precisamente en el camino que á mi regreso debía yo seguir, he venido á avisarle á vd. que mañana 19 de julio á las doce del día se quitan los sellos... y se lee el testamento, si es que lo hay, segun todo induce á creerlo.

—Vd. calcula...

—Sí, señor; porque hace como dos meses que estando yo en Fontainebleau en mi despacho, llegó la viuda de Gausseman, y me pidió dos pliegos de papel sellado, indicándome el uso que de ellos queria hacer, pero en su casa y á su sabor. ¿Me atrevó á esperar, caballero, que en todo caso me conservará vd. la ulterior direccion de este asunto?

—Positivamente. Mañana iré á Cremilly.

—Permítame vd. que ponga á su disposicion mi carruaje, el cual le esperará mañana en la estacion de Fontainebleau, y solo hay que caminar dos horas.

—Muchísimas gracias, señor escribano... Hasta mañana, Y retiróse el digno tabelion.

Hubo entonces una lluvia de cumplimientos y de chistes de toda clase.

Nuestro amigo José iba á tener otro millon mas. ¿No demostraban que habia una cuantiosísima herencia la premura y las atenciones del escribano? Debía haber sospechado la existencia de algun tesoro escondido en aquella misteriosa casa, donde la avara vieja habia vivido y muerto sola. El dinero va siempre en pos del dinero, de la misma manera que el agua va en busca del rio; y el feliz José iba á hacerse un Nabab, un Cresó, un Rothschild, etc.

Respecto á él, contestaba riéndose con todos aquellos dichos, pero de ninguna manera parecia que creía en la herencia de su tia, la viuda de Gausseman.

Llegaron á extrañar esto, y preguntándole la causa, contestó con la sutil honradez que lo distinguia:

—Es porque tengo para mí admitido como principio, que el dinero ganado con el propio trabajo es el único con que positivamente debe contarse, y porque, además tengo ya motivos para confiar poco en las herencias. Segun han oido vds. decíral escribano, los Guerin eran muchísimos; una verdadera tribu. Mi padre tenia, entre hermanos y hermanas, como una docena, los cuales todos se dejaron de ver unos á otros, y casi todos habian juntado caudal y muerto sin hijos. Todas estas herencias debían, pues, recaer en mí, que era el último descendiente de los Guerin, y muchas veces siendo yo pobre, han venido á deslumbrar mis ojos sorpresas semejantes á la de hoy, las cuales han parado en desengaños y en completos chascos. Actualmente no creo en nada de esto y me rio; pero entonces era esto duro y aun á veces cruel. ¡El tio de América... que viene espresamente para pedir prestado á su sobrino un napoleon, lo conocí y era uno de mis tios! Otra prima mia que, segun decian, era millonaria... no me dejó sino una peluca vieja y un perro faldero lisiado. A fin de recoger esta herencia tuve que andar doscientas leguas y gastar un billete de quinientos fran-

cos, justamente la mitad de mi sueldo de un año como mero hortera. ¡Podría yo referir tantas tristes historias... en particular la de mi tía Francisca!

En la manera de pronunciar este último nombre y en la sonrisa con que iba acompañado, sospeché cada cual que sería un relato muy curioso, y apresuráronse con sumo empeño á pedirle que les contase la historia de la tía Francisca. Después de una breve resistencia, acabó José por resignarse, porque allí no había sino amigos íntimos, de estos ante quienes de todo puede hablarse.

Pero en el momento de comenzar dijo:

—Veamos si Estanislao puede oírnos.

Estanislao era un estudiante muy guapo, que había almorzado con nosotros y al cual lo tomaban comunmente por hijo de José, en vista de que éste lo había criado y lo quería con paternal cariño.

Pero en aquel instante le estaban ensillando un caballo, y casi en seguida, saludándonos afectuosamente, echó á correr á galope.

—Oigan vds., dijo José colocándose en medio de nosotros.

Y su narración con corta diferencia fué como se dirá.

II.

MI TÍA FRANCISCA.

Tenia yo como diez y ocho años y estaba entonces acomodado en una casa de comercio del Palais-Royal.

Cierta día que estaba yo distraído delante de mi almacén y recostado en una de las verjas del jardín, vi pasar repetidas veces á una señora jóven todavía y muy hermosa.

Su traje era de gran lujo; llevaba puesto un magnífico chal de cachemira y adornos de diamantes. Tras ella, y á alguna distancia, marchaba con gravedad un lacayo de rigurosa librea.

Tanto la librea como la magistral presencia del que la llevaba, hacía traslucir desde cien leguas que todo aquello procedía de Alemania.

Positivamente aquella señora había también fijado en mí la vista, examinándome cada vez con mayor atención.

Acercóse al fin á mí, diciéndome:

—¿No se llama vd. Guérin?

—Sí, señora.

—Pues tengo que hablarle; haga vd. el favor de seguirme.

Cogí el sombrero y acompañé á la extranjera hasta el final de la galería, hasta el peristilo del Teatro Francés.

Aquí otro criado con igual librea se apresuró á abrir la portezuela con escudo de armas que llevaba una suntuosa carretela. Subió la señora, indicándome con un ademán que me sentara á su lado.

Dijo al criado cortas palabras que no comprendí y el carruaje se puso en movimiento.

Comenzaba á parecerme original aquella aventura, y por un instante fui tan fatuo que me creí dichoso.

Peró la extranjera no tardó en decirme:

—Lo he conocido á vd., caballero, en su aire de familia; yo soy su tía.

—¡Mi tía! exclamé admirado; pero todas las que yo he conocido ya han muerto.

—¡Ah, querido! vd. no me ha conocido á mí nunca... Yo soy su tía Francisca.

—Ya caigo... ya me acuerdo... cuando yo era niño me han hablado acerca de vd...

—¿Sin duda su padre de vd.?

—Sí, señora.

—¿Ha muerto?

—Hace ya diez años.

—¡Pobre hermano! ¡qué bueno era!... ¡Ah! vd. se le asemeja... por eso lo he conocido... por eso lloro al verlo... Permítame vd. que le dé un abrazo.

Y sin aguardar respuesta, me echó los brazos al cuello la tía Francisca, llenándose de besos y de lágrimas.

Pero me parece, mis queridos amigos y oyentes, que todo esto requiere preliminares explicaciones, y que ante todo necesitan vds. saber, cómo fué que la tía Francisca había desaparecido tan completamente, y por qué denotaba conservar hacia mi padre tan grato recuerdo.

Además, puesto que vamos á referirnos á época atrasada, permítanme vds. que les diga quien era Santiago Guérin, mi padre.

Le había recogido un tío suyo, antiguo capitán de gendarmaría, que al cabo de sus años se hizo muy devoto y lo educó en un seminario. Pero en el acto de ir mi padre á recibir las sagradas órdenes, se negó terminantemente, suscitándose de aquí un altercado, de cuyas resultas el tío echó á la calle al sobrino, y aun salió persiguiéndolo para pegarle; pero dió un tropezón, y al caer se saltó el ojo derecho contra los hierros de la puerta.

Mi padre ni vió ni receló nada acerca de esta desgracia, porque únicamente iba pensando en correr lo más posible.

Llegó así hasta el otro extremo de la pequeña ciudad—una población normanda por donde pasa el camino de París á Brest.

Delante de la principal posada parábase en aquel instante una silla de posta, de la cual bajaron dos oficiales de marina.

Quiso la casualidad que para hacer ciertas preguntas se dirigieran á Santiago Guérin, el cual con este motivo les refirió su historia, y aquellos señores viéndolo dispuesto é instruido, le propusieron que se fuese con ellos... lo que aceptó inmediatamente.

Tenemos, pues, á nuestro seminarista convertido de repente en marino.

Acontecía esto en tiempo del Consulado, época en que se adelantaba muy de prisa.

Muy en breve obtuvo mi padre un grado; pero los ingleses lo cogieron prisionero y le trasladaron á los pontones.

Como su disposición lo inclinaba hacia la industria, consiguió permiso para entrar en una manufactura, donde aprendió varios de los secretos de la fabricación inglesa.

Algunos años después volvió Santiago Guérin al lado del tío, á quien encontró tuerto, pero sin guardarle rencor alguno al sobrino, y á favor de la generosa protección de aquel, puso éste una pequeña fábrica en la ciudad de su nacimiento.

Allí fué donde se casó mi padre, y donde muy en breve

:

hizo venir con él á su hermana la mas jóven, que entonces tenia diez ó doce y era mi misma tía Francisca.

Estaba entonces una niña encantadora y pronto fué una jóven muy linda, pero presumida y bamiciosa. ¿Trasluciría acaso su porvenir?

Mi padre para descartarse de tan peligrosa responsabilidad y para asegurarle una suerte, la llevó á París, donde bajo la vigilancia de una anciana parienta, la puso un establecimiento de modista en el mejor punto de París entonces, en la calle de Vivienne.



Presentacion del escribano Benard en el parque de José.

Al año siguiente entraron los aliados en la capital de Francia, y la graciosa Francisca fué el blanco de todas las miradas de austriacos, prusianos, rusos, ingleses, etc.

En resúmen, un día sin decir á nadie palabra y sin dejar rastro, desapareció la tía Francisca... en la comitiva de la Santa Alianza.

Desde esta fuga no habia vuelto á dar señales de vida, y en la familia hasta se evitaba el hablar acerca de ella.

Por esta razon me sorprendí yo tanto cuando ella me dijo su nombre, y por esta misma razon al recibir sus caricias, quedaba en mis miradas, en mi misma complacencia, cierta vacilacion, cierta curiosa malignidad.

Adivinando ella mi idea, se apresuró á esplicármela, diciéndome:

--Dejé mi patria bajo la promesa formal de casamiento... y si este no ha podido realizarse sino de un modo morganático, á causa del elevado rango del hombre en quien había yo creído deber depositar mi confianza, no es por esto menos cierto que en el día soy la legítima esposa del príncipe de ***; vá vd. á venir á verlo, sobrino... A casa de él es donde lo llevo en este instante.

Paróse pronto el carruaje delante de una suntuosa fonda de la calle de Grenelle-Saint-Germain.

Mi tia Francisca, despues de dar algunas órdenes en ale-

man, me llevó á un magnífico salon y me presentó á un hermoso anciano como de setenta y cinco á ochenta años.

Era este príncipe su marido.

Paréceme que aun lo estoy viendo con su elevada y majestuosa estatura, su mirar imponente y bondadoso, su aire casi régio, su ancho vestido, pantalones y medias de seda, zapatos de piel de gamo con hebillas de diamantes y el cabello dado de polvos, con bucles y una pequeña coleta. Adviertan vds. que esto era por los años de 1836 ó 1837.

Nunca olvidaré la afable y benévola acogida que me hizo. Hablóme muy despacio acerca de la princesa mi tia, elogiando su talento, su hermosura, su bondad y su virtud.



Dadle, hijos mios, un abrazo á vuestro pariente.

Mi tia Faancisca me llevó despues á su gabinete y me dijo:

--Por desgracia, José, hace mucho tiempo que te estaba yo buscando, y dentro de pocos dias regresamos á Alemania; pero antes de mi marcha quiero hacer algun bien á todos los parientes que nos quedan. Tú vas á hacerme el favor de darme la lista de ellos.

Me dí prisa á obedecerla, y desde el dia siguiente se puso ella á llevar á cabo su generoso designio.

De ningún modo le asustó el excesivo número de nuestros primos y primas. Dotó á estas, estableció á aquellos y aseguró el porvenir de dos ó tres tios ancianos que estaban escasos de recursos. Les aseguro á vds. que todo lo hizo con la mayor esplendidez... y si cuantos entonces llevaban

el apellido Guerin no la han encomendado á Dios mucho en sus oraciones, es porque son unos ingratos.

Concluida esta repartición de beneficios, me preguntó que era lo que yo para mí deseaba.

--Mi querida tia, le contesté, su hermano de vd. Santiago murió de pesar, porque hallándose arruinado... y aun mas que arruinado, de resultas de la revolucion de 1830, debió haberse presentado en quiebra... por lo cual mi mayor anhelo en el día es cumplir con honor con la sagrada obligacion que me dejó al morir, es finalmente el poder pagar las deudas de mi padre.

--Me parece muy bien, José, me dijo; ¿y á cuánto ascienden?

—Como á cien mil francos por lo menos.

Al día siguiente estaban abonados los cien mil francos. Pero acaso me dirán vds., ¿y á todo esto no te echabas ni un real en tu bolsillo? Ni un real, señores, mas debe notarse que precisamente uno de los acreedores de mi padre era mi último principal, y si éste se ha conducido conmigo de tan generosa manera, quizá sea en memoria de aquella acción. La fortuna, pues, que hoy poseo, y mi felicidad toda se las debo á mi tía Francisca.

En cuanto al desengaño que mas adelante debía su fabulosa herencia ocasionarme, de ningún modo provino por culpa de ella... ¡Ah! de ningún modo... la desgraciada señora, y por eso no le he guardado rencor alguno; antes muy al contrario.

Marchó mi tía á Alemania, y en mas de un año no recibí de ella noticia alguna.

Escribióme al cabo, diciéndome que acababa de morir el príncipe de *** dejándole todo su caudal, que próximamente ascendía á ocho millones.

—Quiero realizarlo todo, agregaba, é irme á pasar con usted mis últimos días. Cuente vd. siempre con su tía Francis y búsqieme cualquier vivienda provisional en París. Así que todo esté preparado, me voy en seguida.

Al instante me puse á evacuar su encargo, y en breve le contesté que todo se hallaba dispuesto para recibirla.

Pero transcurrió un mes sin que nuevamente diese ella señales de vida... pasaron así dos meses, tres meses.

Empezaba yo á estar inquieto, principalmente acerca de la habitación, de la que podía resultar responsable.

Recibí, por último, una carta que solamente contenía las siguientes palabras:

«El 17 de noviembre próximo al anochecer, estaré en el punto que vd. me ha indicado; le ruego tenga la bondad de esperarme.»

En el día y hora designados me hallaba yo esperando en aquel punto.

Nadie pareció, ni al día siguiente, ni en los sucesivos.

El dueño de la vivienda que yo había buscado, me citó á juicio de conciliación.

Estaba yo desesperado, cuando de repente me avisaron que me presentara en el ministerio de Estado.

Mi tía Francisca había muerto en el instante mismo de ponerse en camino, y yo era llamado, juntamente con otros cuatro ó cinco parientes míos, para hacer valer nuestro derecho á aquella herencia.

¡La friolera de ocho millones!

Los demás parientes me nombraron para que los representase, y en un salto me puse al momento en los últimos confines del Austria.

Imposible, de todo punto, imposible era que se nos escapase aquella inmensa fortuna, pues apenas había seis meses que la tía Francisca se hallaba poseyéndola; y si casualmente hubiera hecho algun testamento, no podía este ser sino en favor mío.

Ardiendo en impaciencia llegué á un magnífico castillo alemán, castillo verdaderamente de príncipe, situado con orgullo en una de las mas pintorescas colinas del Danubio, y todavía con mayor orgullo al entrar yo en él me dije:

—Este es mío.

Al día siguiente se rompieron los sellos, y efectivamente había un testamento, pero era este... la princesa de *** nom-

braba por su única legataria y heredera universal á cierta señorita llamada Sola, ahijada suya... ó mas bien su nieta.

Durante la primera restauración se había casado mi tía en Francia, y á los pocos meses su joven esposo, que era un teniente de capitán, murió en Waterloo. Entonces se había presentado el príncipe, proponiéndole el famoso casamiento morganático, y ella no se atrevió á decirle:

—Soy viuda y madre.

¡Infeliz, tía Francisca! Su hija había crecido, casándose y muerto lejos de ella... Y mas adelante al recoger una huérfana de quien se declaraba madrina, debió sepultar en lo íntimo de su corazón ese amor de abuela, que quizá es el mas dulce y mas afectuoso amor... Nunca había tenido el sagrado placer de poder decir á todos orgullosamente, abrazando á Sola:

—Esta no solamente es mi ahijada, sino es mi nieta... Es hija mía.

En desquite le dejaba sus ocho millones.

Había fallecido de repente; pero es indudable que si hubiese sobrevivido y establecido en París, habría dejado alguna partecita de aquel inmenso caudal á su infeliz sobrino José.

Mas entonces no discurría yo de esta manera, y francamente lo diré: estaba furioso.

Lo único que hice fué presentar al escribano alemán las últimas cartas de mi tía, á fin de que los gastos ocasionados por causa de ella estuviesen á cargo de su heredera, y aun sin procurar ver á mi muy afortunada prima Sola, me volví á París con el semblante avergonzado y mero horterá como anteriormente.

Pero aun hay mas que esto... Tengan vds. un poco de paciencia... que la historia de la herencia de mi tía Francisca debe tener segunda parte.

Algunos años despues, cuando tuvo lugar el mas ruidoso acontecimiento de 1848, estaba yo cierta noche recogido en mi cuarto á causa de una leve indisposición, y en aquel instante llegó despavorido y desalentado uno de mis compañeros, pobre diablo que acababa de subir cuatro á cuatro los escalones de los cinco pisos de mi cuarto.

—José, me gritó, alégrate, levántate, José... Por todas partes te están buscando, para una gran herencia.

—¡Bah!

—Una herencia en Alemania.

—¡Otra tenemos! Vete de aquí, farsante... si ya yo he vuelto de ahí.

—¡Ah! esta vez no se trata de una anagaza... Es una cosa positiva y todos en el almacén te dan la enhorabuena como archimillonario.

—¿Cómo! ¿en el almacén?

—Acaba de hacer enormes compras un caballero, que á la vista parece ser un gran señor extranjero...

—¿Y qué?

—Ha preguntado si casualmente conocíamos á un tal José Guerin. De un modo natural le contesté que éste era compañero mío, y entonces...

—¿Entonces qué?

—Me rogó y suplicó que te entregara al momento esta tarjeta, y que te dijese que en seguida fueras á su casa. ¿Me permite vd. caballero que le acerque las botas?

—Gracias, le contesté riéndome, pero estoy muy delicado para salir esta noche, y mañana iré.

La tarjeta debajo de unas armas muy bonitas, tenía escrito lo siguiente:

El conde de Bachtriany, calle de Ponthieu, número...

Fué inútil que mi compañero se empeñara en estimular mi impaciencia, porque insistí en aplazar para el día siguiente mi visita.

Aquella noche, sin embargo, dormí poco, ó al menos tuve sueño de oro.

¿No era este un desquite que me presentaba la fortuna? ¿No existía esta vez una formal y verdadera esperanza?

Desde muy temprano estaba yo levantado y puesto de negro, como traje de heredero presuntivo.

Así que me pareció hora oportuna, me encaminé hacia la calle de Ponthieu.

En el número indicado había efectivamente, y quizá existe, un antiguo y lóbrego caseron con grandes paredes cenicientas.

Tenia á la calle muy pocas ventanas, todas con grandes barrotes de hierro enmohecidos, y detrás de estas rejas había gruesas puertas de roble, apollilladas y parduscas con los muchos años.

Llamé á la puerta de la cochera, que era grande, muy doble, resquebrajada en muchos sitios, y que al parecer únicamente se abría en raras ocasiones.

No hizo mas que entreabrirse, y solo me permitió medio ver á un lacayo mal encarado y de estatura colosal, de semblante extranjero, con enorme bigote ferozmente levantado, que tenía mas bien aspecto militar que de criado.

Esta especie de veterano alemán, no comprendía una palabra en francés, y tuvo suma dificultad para recibirme. Mas por último, le enseñé la tarjeta del conde, y me dejó pasar, cerrando cautelosamente detrás de mí la puerta, que al encajar produjo el estruendo de un cañonazo.

Atravesamos un gran patio lleno de yerba crecida entre las piedras. Contra las paredes que estaban cuajadas de verdin con motivo de la humedad, había grandes cajones para embalar, la mayor parte de muy rara forma, y tapados cuidadosamente con hules.

Estaban cerradas todas las ventanas de la casa, y las persianas ajustadas herméticamente ó con grandes cortinas muy largas de color de bronce.

En todo esto, y señaladamente en los modales reservados y toscos del que me iba guiando, había cierta cosa triste y sobremanera misteriosa.

Llevaronme á un gran salon todo lleno de fusiles, lo cual nada tenía de extraño en aquella época revolucionaria.

Mas lo que sí lo tenía, y mucho, era que hubiese allí tambien banderas extranjeras, uniformes y adornos extraños; lanzas y guadañas, sables, puñales, pistolas, hasta dos cañoncitos de campaña... en fin, un verdadero arsenal puesto en desórden.

—¡Bah! empecé á decir riéndome, ¿dónde me he metido?

Presentóse una criada anciana de Transilvania, y diciéndole al que me iba guiando ciertas palabras que no entendí, me llevó á una salita que caía á unos sombríos jardines.

Había allí una encantadora jóven, que estaba sentada en medio de dos niños.

—Caballero, me dijo con suma afabilidad, vd. dispense que lo hayamos incomodado. Soy algo parienta suya... su tía Francisca era mi madrina.

—¡Ah! dije muy cortado, ¿la señorita Sola?

—La condesa de Bachtriany, contestó con orgullo la esposa de uno de los jefes de la revolucion de Hungría.

Estas últimas palabras, y algunas otras, me dieron al punto la explicacion de aquel arsenal.

En un momento de tregua había venido á París el conde para recoger armas, equipo, municiones, y hasta gente, si era posible, en favor de la noble causa que abrazara por la libertad de Hungría, en la que tenía invertido todo su patrimonio y el caudal de Sola.

De este quedábale tan solo la última finca, que habiendo pertenecido á mi tía, necesitaba para ser vendida, segun cierta ley alemana que dá á los herederos desheredados este insignificante consuelo, mi consentimiento y mi firma.

Añadamos, sin embargo, que se hubieran podido pasar sin mi cooperacion; pero era despues de costosas tramitaciones y de larguísimos plazos... y la Hungría se hallaba muy hostigada, y la infeliz no tenía tiempo para aguardar.

Antes de contestar, estuve mirando despacio á mi prima.

Era ésta de elevada estatura, ágil, de muy aristocráticos modales, pero de trato sumamente sencillo y afable. Nada puede haber tan perfecto como el perfil de su cara, algo descolorida, en la que sentaban perfectamente los bucles á ondas de una preciosa cabellera color castaño. Notábase especialmente en ella cierto poderoso encanto, cierta inesplicable gracia, y tanto en sus grandes ojos azules, como en su sonrisa, advertíase ese aire triste, bondadoso, dulce y afable, que parece es la marca de las que se hallan destinadas á morir jóvenes.

Mas no se imaginen vds. por esto que la condesa de Bachtriany fuera una indolente y lánguida alemana. Muy al contrario, traslucíase en ella todo el vigor del desprendimiento, era una verdadera mujer, como se pinta la esposa de un héroe, y cuando se levantó para atravesar la sala y volvió para que yo firmase los documentos para cumplir ella con su último sacrificio, parecióme estremadamente hermosa.

Vacíle, no obstante, y estuve mirándola aun sin poderme decidir.

—¿No quiere vd. firmar? me preguntó con inquietud y extrañeza.

—No es eso, contesté al punto, sino...

Y no atreviéndome á espresar mi idea de otro modo, hice un ademan señalando á sus hijos... dos niños los mas interesantes y hermosos que jamás había yo visto.

El mayor podía ser como de catorce años, tenía ya decidido continente y mirada marcial, y al mismo tiempo que nos estaba oyendo, pasaba sus impacientes manos por las armas que á su lado tenía amontonadas.

Sería el otro como de dos ó tres años menos, mas parecia mucho mas niño por su carácter, y estaba jugando con una gran bandera húngara, en cuyos pliegues se hallaban como envueltos los dos hijos del conde de Bachtriany.

Esta era la heroica y encantadora pareja que acababa yo de señalar á la madre.

—No le entiendo á vd., dijo riéndose con orgullo.

—Esta finca que vá vd. á vender, le respondí, es lo único que les queda.

—Su padre lo ha decidido así, dijo; en ello le vá la libertad de su país. ¿Conque firmará vd?

—No debiera yo hacerlo...

—Quizá sería justo ofrecerle á vd. indemnizacion, repu-

so con cierta altivez, aun cuando sin la menor intencion de ofenderme. Disimule vd. caballero, que no lo haya yo verificado antes... para ello estoy autorizada por el conde...

—Señora condesa, le interrumpí con no menos altivez que ella, debo á mi tia Francisca el haber podido rehabilitar la memoria de mi padre, que es en lo que estriba el honor de nosotros los comerciantes... No quiero ser nuevamente pagado.

Y en seguida firmé.

—Gracias, primo, dijo dándome la mano, y volviéndose en seguida hacia los dos niños, añadió:

—Dadle, hijos míos, un abrazo á vuestro pariente.

No podré explicar á vds., amigos míos, hasta que punto aquel sencillo agradecimiento, y aquella franca demostracion me movieron el corazon. Al abrazar á ambos niños, advertí mis ojos empapados en lágrimas. ¿Seria este algun presentimiento?

A los pocos instantes entró el conde. Todavía era jóven, de estremada hermosura y de muchísima elegancia. Notábase en especial en él cierto aire generoso y valiente, como si fuera una aureola de gloria y de patriotismo. Un digno émulo de Bem y de Dembisky; el fiel traslado de Georgey, un verdadero príncipe del Danubio.

Recibíome con la mayor franqueza, y así que supo que habia yo firmado sin recompensa alguna, su reconocimiento fué en extremo sincero.

—Gracias por lo que toca á nosotros, dijo estrechándome afectuosamente la mano, y gracias por la causa de Hungría. Unicamente estaba yo esperando esta firma, y ya esta misma noche debemos irnos... Pero quiero que este último día lo pase con todos nosotros como uno de la familia.

Por mas que escusé semejante honor, fué preciso aceptarlo.

¡Qué hombre tan distinguido y tan grande era aquel, señores!... ¡Qué mujer aquella tan amable y tan encantadora! ¡Qué tesoros no habia para el pervenir en aquellos dos admirables niños!

Mucho antes de anochecer era yo ya un furioso húngaro. Admiraba al conde, me entusiasmaba en favor de sus hijos, y sentia como una fiebre por servir á la madre.

Por tanto, llegado el momento de la despedida, con el pecho oprimido y los ojos anegados en lágrimas, le dije:

—Señora, José Guerin no es mas que un desdichado, pero si este desdichado puede alguna vez serle á vd. útil en algo, no olvide vd. que de él puede disponer.

—Lo tendré presente, contestó la condesa. Adios. Y desparecieron.

Volvíme á mi almacén sumamente pensativo y triste.

Desde aquella fecha leia yo con ansiedad todos los periódicos. Cada vez con mayor anhelo, con apasionado ardor, seguia yo observando aquella heroica lucha de un pueblo sublime, toda aquella odisea húngara, donde á cada paso se veia la mano del conde de Bachtriany, citado incesantemente como uno de los mas intrépidos, como uno de los mas famosos generales de Kossuth.

Llegó despues la hora de la intervencion rusa, la hora de la traicion, la hora de las desgracias.

El conde de Bachtriany, habiendo quedado casi solo con algunos invencibles en la espesura de las montañas, parecia que debia resucitar, por decirlo así, la guerra de la independencia.

Mas he aquí que muy en breve llegó á mis manos un artículo que con corta diferencia decia:

«Los periódicos austriacos de ayer anuncian una captura importante, la del conde Bachtriany, cuya cabeza ha sido puesta en venta. Despues de haber sido vendido por un traidor y de tenerlo cercado en su último asilo, ha sido casi necesario un sitio formal para apoderarse de su persona. Todas sus municiones se hallaban agotadas, y en aquella suprema lucha habian perecido todos sus compañeros, incluso su hijo mayor, jóven de diez y seis años, que murió por defender al padre.»

Algunos dias despues lei:

«Ayer, 27 de abril, el conde de Bachtriany ha sido fusilado en el glacis de la fortaleza de Buda.»

Al leer estos tristes renglones, me pareció que recibia yo en mi pecho el rechazo de las balas que habian acabado con el conde.

¡Habia este muerto siendo tan valiente, tan hermoso, tan jóven todavía y pudiendo ser tan feliz!

¡Y le precedió al sepulcro su hijo mayor... aquel que habia yo visto mirarme complaciente con orgullo entre los pliegues de la bandera húngara; el que tan caballerosamente me estrechaba la mano; el que apenas contaba diez y siete primaveras! ¡Y haberlo matado y destrozado á bayonetazos á vista del mismo padre! esto era horroroso de pensar... ¡Desgraciado, mil veces desgraciado niño!

¿Pero qué seria de su hermano? ¿Cuál era al presente la suerte de la condesa?

Por muchos dias, por espacio de muchos meses me hacia yo aquella terrible pregunta, y en todas partes procuraba adquirir datos.

Nadie sabia el paradero de ellos, ni darme la menor noticia.

Por último, cierta noche me avisaron que me estaba buscando en mi casa una señora... una señora extranjera, vestida de luto, que iba con un niño vestido tambien elegantemente de negro.

Acudí al momento... ¡Ah! no me habia yo equivocado, era la viuda del conde de Bachtriany.

¡Pero cuán trocada venia! Hallábase enflaquecida y pálida como una difunta, con cierta extraña sonrisa en los labios, y con una especie de desesperado delirio en los ojos. ¡Infeliz Sola! aun en medio de su dolor estaba hermosa, estremadamente hermosa.

—No me pregunte vd. nada acerca de lo que ha pasado, me dijo con débil y aflictiva voz; ya habrá vd. sabido nuestras desgracias... que pertenecen á la historia. Desde esta época he estado loca, he estado presa, he estado muriéndome... ¡y no sé cuántas cosas mas! pero las últimas palabras de vd. se me habian quedado fijas en la memoria, y aquí estamos. Tenga vd., primo José, compasion de mi menor hijo; que respecto á mí, únicamente le costaré el importe de mi sepultura.

¡La desconsolada, la afligida madre, la infeliz viuda... decia verdad!

A los quince dias Estanislao y yo la condujimos á su última morada.

Porque el hijo mas jóven del conde de Bachtriany, es ese que hoy pasa por hijo mio, ese amable estudiante, ese altivo y encantador jóven que ahora poco llamaba la atencion de vds., y que va por ahí á galope bajo los ákamos inmediatos al río.